# Las aventuras de Akane

Juan Luis Pinto

La que aquí comienza es la historia de una niña pequeña, pero no mucho, valiente como para poder vivir las mayores aventuras, y divertida como para hacer reír a cada rato a todas las personas que la rodean, especialmente a sus padres.

Los padres de Akane son alegres, simpáticos y divertidos, aunque a veces pierden un poco la paciencia con ella, especialmente cuando comienza con sus interminables preguntas sobre cualquier cosa que se le ocurra.

A Akane le encanta descubrir cosas nuevas que ella convierte en increíbles y a veces misteriosas y emocionantes aventuras. Lo mismo se pelea con un monstruo terrible y peludo, que se hace amiga de un ogro o se divierte jugando con la nieve.

Le encanta la luna y está esforzándose mucho por llegar a ser una gran hada.

Y ahora ha llegado el momento de que la conozcáis un poco más.

¡Pasadlo bien!

# Un monstruo tras la puerta verde

Apenas abrió los ojos a la luz de la vida, Akane se encontró rodeada por unas cuantas doctoras, enfermeros, su padre, y como, no, su madre. Un tanto asustada hizo una mueca con la boca como para romper a llorar, para, finalmente, dibujar una sonrisa que iluminó no solo su carita rosada, sino también toda aquella habitación.

Sus padres, emocionados, se abrazaron con la pequeña Akane apretujada entre los dos, y reían y lloraban de felicidad. Aquel día, en el hospital principal de la ciudad, donde Akane vino al mundo, no se hablaba de otra cosa que de aquella niña, pequeñita, morena, y con los ojos redondos y muy negros, que había sonreído por primera vez en su vida. Estaba por lo tanto bendecida. No quiere decir que los niños que lloran cuando nacen, sean malos, o diferentes, no, simplemente se dice que están bendecidos porque la mayoría, la gran mayoría de todos los niños , en el momento de nacer, lloran. Rara vez sonríen.

Y de ahí a comenzar a dar sus primeros pasos fue todo una.

Que felices estaban en casa viendo como Akane, para sorpresa de todos, de nuevo hacía algo distinto que el resto de los bebes. Con apenas seis meses, ya andaba casi a la perfección. Su madre le tenía que atar una cuerda a la cintura, o de lo contrario Akane se bajaba de su cuna y comenzaba a caminar por la casa con el consiguiente peligro de ir dándose golpes con todo lo que se le interpusiese en el camino.

Con algo más de un año ya utilizaba calzado como lo de los adultos, ya que sus pies se habían endurecido de tantas horas como se pasaba en pie yendo de aquí para allá, hasta donde la longitud de la cuerda le permitía. Como la cuerda era cada vez más larga, fue descubriendo algunos lugares recónditos y viviendo de paso sus primeras aventuras.

Contaba ya con un año, cuando un día, su madre su acercó a la cunita donde Akane dormía plácidamente. Esta al verla dormida y relajada, dejó la puerta entreabierta, para oírla si lloraba o se despertaba, y se marchó a la cocina a preparar con papá una rica tarta de chocolate, nata y deliciosos trozos de fresas.

En cuanto la madre abandonó la habitación, Akane que se encontraba despierta, de un salto, abandonó la cuna. No había cuerda que le retuviese. Su madre, al creerla dormida, no vio necesario atarla como hacía siempre que esta se despertaba. Una vez en el suelo y sintiéndose libre y sin ataduras, Akane se dejó caer hasta que se sentó en el piso. Una vez allí miraba con los ojos muy abiertos hacia todas las direcciones, pero no se movía: no sabía hacia dónde ir. Dirigió la mirada a la puerta que, entreabierta, se comunicaba con el lugar más grande de la casa: el salón. Eso lo sabía, pero y luego ¿qué? Hacía donde se dirigiría. No tenía cuerda que la atase y podía moverse a sus anchas.

Poco a poco, con cuidado, fue asomando la cabeza por la rendija que quedaba en la puerta y vio que no había nadie. Perfecto. El camino estaba libre. Podía oír a lo lejos la voz de sus padres, cantando a la misma vez que lo hacía una artista en la radio. Una sonrisa se le dibujo en su cara. Le encantaba oír a sus padres cantar, en especial a su madre que tenía una voz dulce y afinada. Por unos instantes se encaminó hacia la cocina, atraída por el lugar de donde procedían las voces. Pero de pronto se detuvo en seco. Una nueva sonrisa, pero esta por otro motivo, se esbozó en su cara. ¿Para qué iba a ir hasta donde sus padres? Ahora tenía la oportunidad de recorrer toda la casa a su antojo. Y así lo hizo.

En primer lugar su acercó al cuarto de aseo. Un lugar al que adoraba. Ahí le daban sus padres unos fenomenales baños. Miró hacia arriba y le pareció más grande que nunca. En el techo había una lampara redonda con dibujos de animales. También había una mueble donde su madre se sentaba a veces a tocarse los pies. Le llamaba la atención como se pasaba los dedos una y otra vez. Su padre sin embargo no lo hacía. Cosas de padres que no todavía no comprende.

Intentó subir a la bañera, pero una y otra vez sus pies descalzos se resbalaban y no conseguía su propósito. Tendría que dejarlo para otra ocasión. Se tuvo que conformar con coger uno de los muñecos de esponja con los que jugaba en el agua: un pato amarillo con el pico rojo. Lo miró un par de veces y pensó que no le acompañaría en aquel viaje. Estaba mejor con la vaca y el caballito.

Cuando salió del cuarto de baño, descubrió una puerta verde que hasta entonces nunca había estado abierta, o al menos eso pensaba ella. La empujó suavemente y ahí estaba. El ser más monstruoso que jamás hubiese imaginado. Akane no se atrevía a acercarse hasta él. Era más alto que ella y en lugar de piernas tenía dos ruedas. Una panza enorme dejaba a las claras

que se comía todo lo que encontraba en su camino. Fue tal el sobresalto que se llevó que quiso salir tan rápidamente y tropezó, primero con la fina y larga cola del monstruo y luego con la puerta, cerrándose esta de golpe. ¡Qué hacer! Ella solo es un niña pequeña! ¡Si su madre le hubiese atado la cuerda ahora no estaría ahí a punto de ser engullido por aquel ser que le observaba impasible! Una vez pasado el primer susto, y como Akane era una niña intrépida y valiente, comenzó a pensar qué podría hacer. Podría gritar, pero a lo mejor el monstruo, que parecía estaba tranquilo, se asustaba y ¡zas!, acababa dentro de aquella barriga gorda y peluda. Poco a poco fue rodeando a la bestia que no se movía de su sitio. Akane se subió como pudo a lo alto de una silla y de ahí sin pensarlo dos veces, dio un salto y se agarró al cuello del monstruo. Resbalo a lo largo de su frío, espeluznantemente frío, largo y duro cuello, cayendo sobre su enorme barriga. Entonces el monstruo comenzó a hacer un ruido infernal y a dar vueltas, corriendo por toda la habitación. Akane gritaba asustada; el monstruo hacía lo mismo sin dejar de dar vueltas y más vueltas. Por fin la puerta se entreabrió de golpe y ahí estaba la madre de Akane que venía a rescatarla. Con un solo pisotón dejó paralizada a la bestia que quedó asustada y en silencio. Akane se abrazó a su madre, aún con el miedo en el cuerpo, mientras esta le reñía a la vez que se reía.

Seguramente reía por haber vencido a aquel animal y haber salvado a su hija.

Akane se marchó de nuevo a su cuna y el monstruo fue domesticado por su madre hasta el punto que a partir de ese día le ayudaba a limpiar alfombras y cortinas de toda la casa.

Le llamó “Aspirador”. Vaya nombre extraño para un monstruo. Y Akane, cada vez que lo veía se sentía orgullosa de haber peleado con él.

# Los dibujos encantados

Y por fin llegó el día de su cumpleaños. Akane ya tiene seis años. Su cabeza sobrepasa la mesa grande del salón. Ya mismo podrá jugar en la cama con su madre tal y como observa que hace algunas veces su padre. Se lo ha dicho, su padre: Akane, ya eres una señorita.

¡Cuántos regalos! Pero hay uno que le gusta especialmente sobre los demás: unas maravillosas tizas de todos los colores. Son magníficas. Vienen acompañadas de una pizarra y un borrador. Así podrá dibujar todo lo que quiera y cuantas veces quiera. Hay una cosa que debe tener muy en cuenta y que su madre le ha advertido sentada en la silla de advertir las cosas serias:

- Akane, antes de nada quiero que sepas que las tizas son para que pintes en la pizarra. ¿Me has entendido?

Akane asentía una y otra vez. Que síííí, pesada, le habría gustado decirle, pero sabe que eso no está bien. Además no sabe si es pesada. Eso lo ha oído decir a los mayores.

Su madre le advierte que si pinta en un lugar fuera de la pizarra, en las paredes por ejemplo, los dibujos le atacaran o desaparecerán, en el mejor de los casos.

–¿Lo has entendido?

Claro que lo había entendido. Que exagerada es su madre. ¡Pero si en el cole les dejan pintar en las paredes!, decía a su madre,¡ y no recuerda que los dibujos desapareciesen! A lo que esta respondía que era cierto, pero era así porque las del cole son paredes especiales para poder pintar en ellas. Las de las casas se estropean y los dibujos se sienten tristes.

Firmado el acuerdo, Akane está deseando abrir la caja de tizas y comenzar a pintar las mil cosas que tiene pensadas.

¡Huum!, que le gusta el olor de las tizas. Sabe que no las puede comer. Eso son lo hacen los niños pequeños. Ella ya es mayor.

–¿Qué quieres que pinte papa? –pregunta a su padre.

–Lo que quieras Akane. Lo que a ti te guste. No sé.. un árbol lleno de manzanas.

Akane se pone manos a la obra y pinta un frondoso árbol cargado de manzanas. Las pinta unas verdes y otras rojas. Queda muy chulo.

–Me encanta – le dice su padre–. Es el árbol más bonito que he visto nunca.

Akane se siente contenta. No deja de mirar una y otra vez el dibujo.

Cuando los padres de Akane se marchan de la habitación, Akane se queda todo el rato mirando su dibujo. A su padre le ha gustado mucho. No lo puede borrar, pero si no lo borra ¿dónde puede pintar ahora? ¡Ya está! Pintará en la pared. Tiene espacio suficiente para dibujar mil cosas. Akane había olvidado la advertencia de su madre.

Comienza por pintar un castillo con tres torres y sus banderas ondeando al viento. Y un caballero con su lanza montado en un precioso caballo verde. En el aire hay muchos pájaros. Dibuja también muchos árboles. Los árboles es lo que mejor pinta , y en medio de los árboles un lobo muy grande con una larga cola.

También dibuja flores, como las que le gusta a su madre, rodeando todo el dibujo. Ha pasado toda la tarde pintado y ni se ha dado cuenta. Está cansada y se queda dormida.

Cuando está profundamente dormida, inesperadamente la despierta el sonido del galopar de un caballo: toco toc, toco toc, toco toc,. Akane se asusta mucho cuando ve al caballero galopando velozmente hacia donde ella se encuentra. Cada vez más asustada sale corriendo y se pega todo lo que puede contra la pared sin darse cuenta que, ahí, junto a los árboles, se encuentra escondido el lobo de la cola larga que de un salto se sube sobre una gran piedra mientras le muestra los colmillos.

Akane se asusta muchísimo hasta el punto de ponerse a gritar. Los pájaros comienzan a revolotear alrededor de la cabeza del lobo para que no ataque a Akane. Mientras, el caballero cada vez está más cerca. El lobo de un manotazo espanta los pájaros que huyen volando por una esquina del cuarto. Akane comienza a llorar mientras observa como el lobo se dispone a saltar sobre ella y mira al caballero que todavía está bastante lejos. Con la respiración entrecortada por el miedo, Akane se despierta y comprueba que todo ha sido un sueño. Su madre tenía razón.

Rápidamente coge el borrador y comienza a borrar el lobo, los árboles, los pájaros y hasta el caballero. Total no llegó a tiempo para salvarle, para qué lo iba a dejar dibujado.

Cuando la madre entra en su cuarto ve dibujadas las florecillas de colores que tanto le gustan y que a Akane no le ha dado tiempo de borrar.

–¡Que bonitas! –grita su madre–. Me encantan. Veo que no me has hecho caso, pero bueno, solo has pintado estas flores que sabes que tanto me gustan.

–Son para ti mama, –le dice Akane a su madre mientras le da dos besos–. No me ha dado tiempo a borrarlas..

Y Akane le cuenta el sueño que ha tenido.

–¿Lo ves? Te lo advertí, pero has hecho muy bien en contármelo. Si quieres puedes pintar más flores como esas en la pared que hay al lado de mi cama, así cuando me despierte cada día serán lo primero que vea.

Y Akane pudo pintar cuantas flores quiso donde su madre le pidió. Nunca más volvió a pintar en los lugares donde no debía y jamás olvidará que aquel lobo estuvo a punto de atacarle. Ni al caballero del caballo verde.

¡Ah! Y nunca tendría un caballo verde. Los caballos verdes corren muy despacio.

# Akane y las hormigas

Akane ha regresado del colegio entusiasmada. Hoy tocaba hablar de los animalitos más pequeñitos, los insectos.

Le encanta cuando su maestra habla de los animales. La última vez que lo hicieron fue sobre las mariquitas. ¡Qué pequeñitas y graciosas! ¡Que colores más bonitos tienen en sus alas! Le recuerdan a un vestido que su madre se pone cuando llega la feria. Pero lo de hoy ha sido todavía más espectacular por todo lo que ha aprendido sobre las hormigas.

–¡Las hay de muchas clases! – le comentaba alterada a su madre camino de casa– ¡A mí me gustaría ser soldado, una hormiga soldado! Son las más valientes y fuertes.

–Y yo ¿Qué clase de hormiga crees que sería? - pregunta la madre con curiosidad.

–Pues tú… –Akane se queda pensativa recordando todas las hormigas que ha conocido hoy para ver donde encaja mejor su madre–. ¡Ah, sí! Tú serías la reina.

–Ja,ja,ja –ríe la madre divertida– Y eso ¿por qué ?

– La reina es la mejor, la que manda en todos y la que hace que nazcan más hormigas.

–Y ¿papá? –pregunta de nuevo su madre.

Akane no sabe que responder. No había pensado ni por un momento que tipo de hormiga podría ser su padre.

–No lo sé. Es que papá es muy grande. No puede ser ningún tipo de hormiga –contesta este ante la falta de respuesta.

Cuando llega a casa y después de una magnifica merienda a base de leche fresca y pan con miel, Akane se encierra a jugar en su cuarto. Así pasan las horas hasta que su padre llega a casa del trabajo.

Akane vuelve a contar con el mismo entusiasmo que lo había hecho a su madre todo lo que había aprendido sobre las hormigas. Su padre la oye con atención y con los ojos muy abiertos. Ante el entusiasmo mostrado por Akane este le propuso lo siguiente:

–¿Qué te parece si mañana, que es sábado, vamos al campo? No hay colegio y ni mamá ni yo tenemos que ir al trabajo.

–¿Y podremos buscar hormigas? –pregunta Akane entusiasmada.

– Por supuesto. Y no habrá que buscar mucho. En el campo hay miles, millones de hormigas.

–¿Qué son millones?

–Millones son tantas que no caben en esta casa.

–¡Mamá, mamá! –grita mientras corre feliz en busca de su madre– ¡Que dice papa que vamos a ir al campo! A ver a millones de hormigas.

A la madre la pareció una magnífica idea siempre y cuando le prometiese que luego no le pediría un disfraz de hormiga como ya le ocurrió cuando estuvieron estudiando en clase a los búhos. Menudo trabajo que les costó encontrar un disfraz.

A las ocho de la mañana del sábado, Akane, de un salto, se colocó en pie en la cama de sus padres que aún dormían.

–¡Arriba dormilones! –su madre siempre le despertaba diciéndole dormilona–. Tenemos que ir al campo antes de que las hormigas se vayan.

De este modo se acabó el descanso por aquel día para los padres de Akane que, pacientes, y ya acostumbrados a la inquietud de la niña, se resignaron y abandonaron la cama para organizar el día de campo.

Apenas una hora después de salir de casa, llegaron al campo.

Akane se sintió un poco desilusionada porque conocía aquel sitio de haber estado otras veces. No se podía creer que allí hubiese miles, millones de hormigas. ¡Pero si ella nunca las había visto!

Buscaron un buen lugar, a la sombra de unos árboles altos como casas y con muchas ramas y hojas. Su madre extendió una manta y se sentó apoyada contra el tronco de uno de aquellos árboles y se puso a leer un libro. Hacía un día magnifico.

–Venga, –dijo su padre– tu yo vamos a encontrar un buen hormiguero.

–¡Vale!

Su padre debía conocer aquel campo muy bien porque a muy pocos metros de donde se habían instalado, encontraron, en la tierra, y cercano a unas ramas semi enterradas, un gran hormiguero. Dos enormes filas de hormigas entraban o salían del interior de la tierra.

–¡Mamá! , ven , ¡mira! –llamaba a voces a su madre–. Que chulada. Van en fila. Como los coches cuando volvemos por la tarde de casa de la abuela.

–Sí, ja,ja –reía su padre, recordando los atascos en los que se veía inmerso a la hora de regresar de la casa de la abuela–. Así es, parece que estuviesen en un atasco.

–¿Por qué no paran de entrar y salir sin descanso del agujero? ¿Qué es eso que llevan entre las manos?

–No son manos, son patas. Tienen seis patas, pero eso seguro que ya te lo ha explicado la "seño" en el colegio. Y lo que llevan entre las patas son provisiones, alimentos. Las hormigas siempre están llevando comida a su hormiguero.

–¿Para todas las hormigas del hormiguero? ¿Para millones?

Su padre asentía con la cabeza mientras miraba con admiración aquellas filas ordenadas de hormigas. A él también le habían atraído siempre de manera especial esos diminutos animalitos.

–¿Y a la reina? – pregunto Akane mientras miraba instintivamente a su madre al recordar que su madre era como una hormiga reina.

–A la reina es a la que más comida le dan. Todas las hormigas viven para su reina.

Akane quedó pensativa durante unos instantes. Seguía sin saber qué tipo de hormiga sería su padre. A lo mejor también sería soldado, como ella.

–¿Y tú? Que hormiga eres –pregunta a su padre.

–Yo pues… – el padre de Akane miraba una y otra vez a las hormigas que, sin descansar un solo instante, con perseverancia, entraban con su preciada carga en el agujero para regresar rápidamente y traer una nueva carga entre sus ágiles y fuertes patas– . Yo soy una hormiga obrera. Me encantan las hormigas obreras. ¿Y tú? –pregunta ahora a Akane.

Akane, a quien la respuesta de su padre le deja un tanto desconcertada, comienza a dudar. A ella también le gustaría ser como su padre. Si a su padre le gustan las hormigas obreras es porque seguramente serán las mejores.

–Ya sé las que te gustan –le dice su padre sin que tenga tiempo a responder–. Ya me lo contó mama anoche. Tú eres una fuerte y valiente hormiga soldado. ¿No es así?

Akane mira a su padre que continúa observando el incesante ir y venir de las hormigas.

–¿Pero dónde están los soldados? –pregunta a su padre–. Llevamos aquí un buen rato y no he visto ni una hormiga soldado. Creo que no me va a gustar eso de ser soldado.

–Ja,ja,ja – ríe su padre mientras deja sitio a su lado a la madre que se ha acercado para ver el hormiguero–. ¿Ves esas hormigas que caminan junto a las otras pero que no llevan ninguna carga? Esas son los soldados. Su trabajo es vigilar que ninguna otra hormiga de otro hormiguero o algún otro insecto, intente robarles su alimento o incluso atacarlas. Las hormigas soldado son muy importantes.

Akane dirige una mirada interrogante a su madre. Esta sonríe y asiente con la cabeza.

–Es cierto –interviene su madre confirmando así a Akane las palabras de su padre–, las hormigas soldados son muy importantes. Además, también están alrededor de la reina protegiéndola ante cualquier posible invasión.

–Yo vigilaré para que no te ataquen – dice Akane seria a su madre–. Pero, no llevan armas.

–No son necesarias –responde su padre– ¡Y yo, como una hormiga obrera que soy, os traeré comida sin parar! –continua, poniéndose a andar a cuatro patas.

Akane ríe divertida viendo a su padre como una hormiga y a su madre que ha regresado junto al árbol y está sentada como una reina leyendo de nuevo. A ella le toca protegerlos. Está dispuesta a hacerlo siempre.

Más tarde, de regreso a casa en el coche, Akane mira con satisfacción a sus padres. Una sonrisa ilumina su cara. Acaba de descubrir varias hormigas que suben por el cristal del coche. Las mira con admiración.

–Mamá , ya sé lo que quiero que me traiga Papá Noel: un disfraz de hormiga.

# El tobogán interminable

El verano es la época del año que mas le gusta a Akane, especialmente porque cada domingo sus padres le llevan al parque acuático. Akane se pasa horas deslizándose por el tobogán grande acompañada de sus padres, una y otra vez, hasta quedar extenuados.

–¡ Papá! Me gustaría tener un tobogán gigante y poder deslizarme por él todo el tiempo. ¡Me encanta!

El padre de Akane la oía con atención pero poco podía hacer más que llevarla puntual cada semana a que disfrutara con su juego preferido.

Un día, después de cenar, Akane se dispuso a cepillarse los dientes como sabía que hay que hacer después de cada comida. Fue hasta el cuarto de baño y se subió en la banqueta que sus padres le regalaron para que pudiese lavarse las manos, y la cara, y mirarse al espejo para peinarse. Y como no, para cepillarse los dientes. Akane cogió el tubo de la pasta de dientes, quitó el tapón, y sin querer este se le coló por el agujero del desagüe del lavabo. Aunque intentó agarrarlo este, irremediablemente, se perdió en la profundidad de la tubería. Akane fue rápidamente a contarlo a su madre.

–No te preocupes, buscaremos otro. Ese ya no se puede recuperar.

–¿Por qué no? ¿Cualquier cosa que se caiga por ahí ya no se puede volver a coger? –Preguntó intrigada.

–No –le respondió su madre–, por eso hacen el agujero pequeño. Si lo hiciesen grandes, las niñas inquietas y traviesas como tú se podrían cae. Jajaja, –rio su madre la broma para que Akane no se asustase.

–Y ¿A dónde va a parar lo que se cuela por ahí?

La madre de Akane sabía que a partir de aquel momento la lluvia de preguntas se haría interminable.

–Pues el agua que cae por ese agujero va a parar, a través de distintas conducciones de la ciudad, hasta el mar. Y si no hubiese mar – se anticipó a responder ante la pregunta que sabía que vendría a continuación- llega hasta un depósito gigante donde se almacena, se depura y vuelve a servir para nuestro uso.

–¿Y el tapón que se me ha caído también va al mar? – preguntó con los ojos muy abiertos Akane.

–El tapón del tubo de la pasta de dientes también. A estas horas ya debe estar flotando tranquilamente. De modo que ten cuidado en que nada se vuelva a caer por el desagüe. Y venga, ve a enjuagarte la boca que estás poniendo todo lleno de la espuma de pasta de dientes.

Akane hizo caso a su madre y una vez se enjuagó la boca, puso el tapón en el lavabo para que nada más volviese a colarse por allí. Por fin entendió para que servía aquel tapón de goma negro que venía sujeto por una cadenita al lavabo.

Akane se imaginaba una y otra vez el tapón del tubo de pasta de dientes recorriendo, primero la tubería de su casa y luego otras muchas hasta llegar al mar. Así se quedó dormida.

A la mañana se levantó, y después de desayunar, fue al cuarto de baño a cepillarse los dientes. Subida en su banqueta observaba el agujero del desagüe, que, no entendía por qué, según lo miraba se iba haciendo más y más grande. Tan grande que ya cabía por él. Su interior, lejos de estar oscuro, se iluminó de alegres y vistosos colores que le recordaban el tobogán del parque acuático donde iba cada domingo con sus padres. Aquello le animó a lanzarse a su interior. Era su sueño más deseado: deslizarse por un tobogán interminable. Sin pensarlo dos veces su subió en el filo del lavabo, y se dejó caer en el interior del tubo. En seguida comenzó a escurrirse por el interior de aquella tubería interminable a una velocidad endiablada. Era lo más divertido que había hecho nunca. Que rabia que sus padres no estuviesen disfrutando con ella. Claro, que igual no cabían, pensó. Ellos son más grandes. Ahora una curva cerrada a la izquierda y de pronto un vertiginoso descenso, casi vertical, a la derecha, para de nuevo girar a la izquierda ¡Que guay! , –gritaba Akane– . De pronto, tras uno de aquellos inesperados giros, la luz se apagó. Todo era oscuridad. Akane sintió miedo. La velocidad a la que se deslizaba era cada vez mayor. Nunca se había deslizado de aquella manera y menos aún sola. Ahora el tubo era mucho más grande y podía oír el sonido de sus gritos retumbar en una especie de eco. Lo que comenzó por ser algo divertido se estaba convirtiendo en una pesadilla. Oía la voz de su madre diciéndole que se levantase, pero eso era imposible. A aquella velocidad era imposible incorporarse. Akane llamaba a su madre pero esta al parecer no la oía. Estaba realmente asustada. Se preguntaba cuanto tardaría en llegar hasta el mar. A Akane, aunque le gusta el mar, le da miedo ver como esa enorme masa de agua se pierde, infinita, en el horizonte. Se cubrió la cabeza con una especie de manta…

–¡Vamos Akane, levanta! No seas perezosa que ya son más de las diez. ¡Arriba!

Cuando estaba a punto de caer desde una altura enorme hasta el mar, Akane fue rescatada de aquella pesadilla por su madre. Todo había sido un sueño. Akane estaba acostada en su cama de la que no se había movido desde que la noche anterior, después de cepillarse los dientes, se acostó.

Le contó a su madre la gran aventura que acababa de vivir y su madre le besó diciéndole que había sido muy valiente.

Desde ese día, cada vez que iba a lavarse los dientes, se aseguraba de que el tapón estuviese en su sitio, tapando el agujero del desagüe.

El tobogán del parque acuático era más divertido.

# Un ogro en el pueblo

Hoy es un día muy especial. Toca ir al pueblo donde está la casa de los abuelos. Ir al pueblo es muy divertido. Allí, las montañas están casi al borde del camino y hay dos pequeños ríos en los que, en verano, se baña y juega con las ranas que viven en él. Es poco profundo y muy fresquito.

Muy cerca de la casa de sus abuelos vive un hombre que a ella siempre le ha causado mucho miedo. Alto, casi como su padre, muy delgado y con unas barbas largas y blancas como la nieve. Siempre anda encerrado en una especie de almacén.

Un día que estaba jugando con sus amigos, porque también tiene amigos en el pueblo de sus abuelos, decidieron asomarse por la ventana para ver que hacia aquel hombre allí dentro. A Akane no le dio tiempo a asomarse porque cuando lo hizo Isabel, que era un poco más alta que los demás, se asustó y de un brinco saltó de la ventana y salió corriendo mientras gritaba asustada. Los demás niños al ver a Isabel hicieron lo mismo y no pararon de correr hasta que llegaron a la plaza. Cuando recuperaron la respiración y el habla, Isabel les contó que el viejo andaba con las manos llenas de sangre y troceando a algún animal o a lo mejor una persona pequeña, un niño seguramente. ¡Eso es, era un niño!

Todos estaban muy asustados hasta el punto que decidieron volver a sus casas. A Akane le tocaba la peor parte ya que debería pasar de nuevo ante la puerta de aquel terrorífico lugar, a no ser que le diese la vuelta a toda la manzana y entrar por el otro extremo de la calle. Y así lo hizo.

Cuando llego a la casa de sus abuelos sus padres estaban preparando una suculenta comida de las que se suelen hacer en los pueblos. Nada de bocadillos que tanto le gustaban a ella, ni de “tonterías de esas”, como decía siempre su abuela. Comida de verdad.

–¿Cómo es que has regresado tan pronto? – pregunto su madre el verla llegar a tan temprano.

–Es que ya no queremos jugar más.

–Eso sí que es extraño –decía su abuela mientras se acercaba a ella y le regalaba un buen trozo de zanahoria– Toma, comete esto y te pondrás más grande.

–¿Síii? –preguntaba maravillada mientras miraba la zanahoria– ¿De verdad? ¿Y si me como dos me hago más grande todavía?

–Así es –responde su madre– Y si comes alguna todos los días, mejor aún.

Akane cogió dos trozos de zanahoria y comenzó a comérselas mientras miraba a las gallinas corretear por el patio trasero de la casa. Ya sabía lo que haría: comería zanahorias hasta ser capaz de mirar por la ventana del almacén del monstruo sin necesidad de subirse en ningún sitio. De ese modo si intentaba atraparla podría correr rápido,rápido.

Una vez que se comió las zanahorias, y, armada de valor, porque Akane es muy valiente, se acercó hasta la casa del ogro. Acercó la oreja a la puerta por si percibía algún ruido. Nada. Allí no había nadie. Debería haber salido. Quién sabe si a buscar a algún niño. De un brinco, tal y como vio que hizo Isabel, se agarró de las rejas de la ventana, y apoyando los pies en la pared, fue ayudándose hasta poder asomar poco a poco la cabeza para mirar al interior de aquel terrorífico lugar.

En seguida vio aquella especie de mesa redonda, llena de sangre, ya seca y oscura. En el suelo había un trozo como de carne gigante, la verdad es que no se distinguía demasiado bien, y muchos cuchillos y herramientas para cortar. Sintió que el corazón se le disparaba. Estaba comenzando a bajar de la ventana cuando oyó que la puerta de aquel almacén comenzaba a abrirse. Del susto resbaló y cayó sentada en el suelo.

El ogro acababa de salir a la calle cargando unas cosas muy raras que seguramente solo conocen los ogros, y la miraba con curiosidad. Akane se había quedado paralizada. Allí estaba en el suelo, a los pies de aquel ser monstruoso con sus largas barbas.

–¿Te has hecho daño? – le pregunto el ogro mientras se acercaba a ella.

Akane no podía pronunciar ni una palabra, aunque sí podía mover la cabeza, negando una y otra vez.

Entonces el ogro se agachó junto a ella, seguramente con intención de cogerla y llevarla dentro del almacén para comérsela. De un brinco se puso en pie y salió corriendo calle abajo hasta esconderse en casa de sus abuelos. Entró rápido y tras cerrar la puerta, que siempre se encontraba abierta, se agarró casi temblando a las piernas de su padre que en ese momento ayudaba a colocar unas estanterias.

–¡Eh! , que me vas a tirar –advirtió el padre a quien en su loca carrera casi lo tira al suelo– Calma chiquilla. No des esas carreras por la casa que un día te vas a hacer daño ¿Se puede saber qué te sucede?

Iba a contarle a su padre lo sucedido cuando oyó unos terribles golpes llamando a la puerta, o al menos eso le pareció en aquel momento.

–Ve a abrir por favor – le pidió su padre.

No se movía del lugar donde estaba y se escondió debajo de la mesa del salón. Si era el ogro, sería mejor que no la viese.

El padre de Akane, en vista de que esta no abría la puerta, se acercó para abrir.

–¡Hombre, Lorenzo! –saludó su padre a la persona que estaba llamando– Pase usted. Mire, ya casi he terminado de colocar las estanterías.

–Y yo le traigo aquí las macetas recién horneadas para que, cuando se enfríen del todo, puedan sembrar en ellas las plantas – respondió el recién llegado. Akane asomó la cabeza y… ¡horror! ¡Aquel tipo era el ogro! ¡Aún tenía las manos llenas de sangre! Su padre corría peligro. Tenía mucho miedo y para colmo el ogro se acababa de dar cuenta de que estaba escondida debajo de la mesa.

–¿Es tu hija? – preguntó a su padre mientras señalaba a Akane.

–Así es. Sal de ahí y saluda al tío Lorenzo. Ya verás que cosas tan bonitas hace con la arcilla. Akane es muy curiosa ¿sabe usted? –dijo su padre hablando con toda la confianza con el ogro.

–Ya me he dado cuenta. Andaba mirando a través de la ventana de mi taller. Muchos niños del pueblo lo hacen. Con lo fácil que sería que llamasen a la puerta y yo les dejaría ver como moldeo las vasijas de barro. Incluso podrían ayudarme a hacerlas. Dejo la puerta cerrada para que el barro no se seque.

Conforme el ogro, el tío Lorenzo, iba contando estas cosas, Akane se iba tranquilizando. Ahora entendía todo. Lo que pensaba que era sangre, no era más que arcilla y agua. Lo que había en el suelo del almacén era un pegote gigante de barro que el tío Lorenzo colocaba sobre el torno para hacerlo girar y darle multitud de formas.

A partir de ese día, cada vez que iba al pueblo se pasaba por casa del tío Lorenzo, el alfarero, y le ayudaba a preparar el barro de arcilla. Le encantaba jugar con el barro. Ya ha aprendido a manejar el torno y le ha hecho un precioso lapicero a Miguel, su mejor amigo. A ella le gusta mucho Miguel. Se lo tiene que contar algún día a su madre. A lo mejor se casa con él.

Se lo está pensando.

# Akane y la nieve

Esta mañana ha ocurrido algo increíble. Cuando Akane se ha despertado y ha mirado por la ventana de su cuarto que da a la calle, ha visto que había nevado. Sin esperar un instante, de un salto se bajó de la cama. Estaba deseando salir para jugar. Después de tomar con nerviosismo el desayuno, su madre le ha puesto más ropa de lo habitual. El motivo no es otro que el frío que hace afuera debido a la nevada que ha caído durante toda la noche.

Akane espera impaciente que su padre le termine de poner los guantes y el gorro de lana, para salir corriendo. Cuando ha mirado por la ventana ha podido ver toda la calle blanca. Y también los tejados de las casas. ¡Hasta los coches están tapados por una hermosa capa blanca de nieve!

–¡Parece merengue! – dice entusiasmada a su padre– No, ¡parecen nubes; toda la calle llena de blancas y esponjosas nubes de algodón! Dan ganas de comérselas.

Sus padres ríen divertidos las ocurrencias de Akane mientras intentan terminar de vestirla adecuadamente. Por fin, una vez que se ha calzado unas preciosas y brillantes botas rojas, sale a la puerta de su casa.

Nada más salir, nota un aire limpio pero muy frío, que le golpea en el pequeño trozo de su cara que no está tapado por la bufanda y que, casi a la carrera, le ha puesto su madre.

En seguida se une a sus amigas y amigos que están jugando a construir un muñeco de nieve. Alto, muy alto, mucho más que ella misma. Tiene la cabeza muy redonda y le han puesto una zanahoria por nariz y un sombrero negro. En la gruesa barriga le han colocado unas piedrecitas negras que parecen los botones de un abrigo ¡Qué divertido! Su padre ha ido a su casa y ha traído una bufanda de cuadros que le ha colocado alrededor del cuello. Para que no tenga frío. Todos han aplaudido la idea.

–¡Vamos a jugar a la rueda alrededor del muñeco! – grita divertida la madre de uno de sus amigos.

Todos cogidos de la mano, rodean al muñeco de nieve, que queda en el centro de una rueda formada por niños y mayores. Se divierten mucho, sobre todo cuando alguno se resbala y cae sobre la nieve que, aunque muy fría, está blandita y nadie se hace daño. Ella misma ha caído varias veces, lo que ha causado la risa de todos.

Otros niños aparecen con una especie de carrito y se suben en él para deslizarse rápidos por la nieve. Eso sí que es divertido. Le recuerdan algunas atracciones de la feria. Pero

a Akane le da miedo y se conforma con mirar a los niños más mayores deslizarse con pericia.

–Venga, vamos a deslizarnos también nosotros – dice entusiasmada su madre.

–¡Pero, me da miedo subirme ahí! –responde un tanto apenada Akane, quien no deja de mirar cómo se divierten los demás niños.

–No te preocupes, – le dice su madre– nos deslizaremos juntas, sentados sobre un trozo de plástico, como hacía yo cuando era pequeña.

Y dicho y hecho. Su madre trajo de casa un trozo de plástico donde se sentaron finalmente su padre, que se habúa unido al juego, Akane en medio, y tras ella, sujetándola firmemente, su madre. Ahora sí que se sentía segura.

–Ja,ja,ja -reía a carcajadas Akane, mientras su padre, en un giro inesperado, perdía el equilibrio y caía rodando, calle abajo, deslizándose por la nieve.

Aquello era lo más divertido que había hecho nunca. Muy pronto otros niños, acompañados de sus padres, se deslizaban igualmente por la calle, arriba y abajo. El muñeco de nieve miraba a todos, divertido, con su bufanda de cuadros y su gorro negro.

Estuvieron jugando durante horas. Hasta acabar agotados.

Por la noche, antes de irse a dormir, Akane se asomó por la ventana. Allí continuaba el muñeco de nieve, sin inmutarse, mientras la nieve caía de nuevo. Vigilando la calle, ahora vacía. Seguramente tendría frío. A Akane le dio mucha pena.

Sin pensarlo, quitó una manta que cubría su cama y salió hasta la calle. Como pudo cubrió con ella al muñeco de nieve. Hasta le pareció que este le sonreía de agradecimiento.

–¡Gracias! – le dijo Akane al muñeco–. Nos hemos divertido mucho contigo.

Regresó hasta su cuarto, temblando de frío, y se metió de nuevo en su cama calentita. Sin que ella se diese cuenta, su madre, que la había visto salir, había puesto otra manta sobre la cama.

Akane se durmió feliz recordando lo bien que lo había pasado y sobre todo lo contento que estaba el muñeco de nieve con su manta calentita.

Ya nunca tendría frío.

# Akane en la cocina

Ya hemos dicho que a Akane le encanta los pasteles y las tartas que le hace su madre. Su madre es una gran cocinera, bueno, y su padre también, aunque a ella le gustan más los dulces que hace su madre. Las tartas de fresa y chocolate son su especialidad y las que más gustan a Akane. Y las de galletas de vainilla, y las rellenas de frutas y nata y… todas, a Akane le gustan mucho los dulces.

–Mamá, me gustaría que me enseñases a hacer una tarta para regalarlo a mi señorita del cole. Sería una gran sorpresa.

–Muy bien –respondió su madre a quien la idea le pareció estupenda, sobre todo si Akane le iba a ayudar–. Se lo diremos a papá por si quiere hacerla con nosotros.

–¡Vale! –grito Akane, dando palmas de alegría mientras se iba corriendo a decírselo a su padre.

–¡Papá, papá! Que voy a hacer una tarta para la señorita. Tú también, y mamá.

El padre se ríe de la nueva ocurrencia de su hija pero sobre todo de verla tan contenta.

–¡Qué bien y qué divertido! Pero, ¿se lo has dicho ya a mamá?

–Claro, ella es la que me ha dicho que la hagamos juntos. Venga, vamos , levanta – Akane tira de la mano de su padre, que en esos momentos se encontraba sentado mirando unos papeles.

Ya en la cocina su madre lo tiene todo preparado. Ha despejado la mesa y sobre ella ha colocado todo lo necesario para hacer la tarta. Para que nadie se manche ha sacado un delantal para cada uno. El de Akane es muy divertido, con un unicornio y nubes de colores. Una vez todos preparados la madre comienza a dar instrucciones:

–Toma, tu ve batiendo esos huevos y luego lo pones en ese recipiente – le dice al padre que comienza a batir los huevos con energía.

– Ytu ve cortando por la mitad estas barras de chocolate que luego derretiremos –le dice a Akane.

Al poco todos están enfrascado en sus respectivas tareas. Akane tiene la boca manchada de chocolate como prueba clara de que ya lo ha probado. Sin que se dé cuenta la madre, el padre, que es bastante travieso, coge también un trozo de chocolate.

Sssh –le dice a Akane en broma mientras se introduce el trozo de chocolate en la boca– que no se entere mamá.

Akane ríe la ocurrencia de su padre mientras mira a su madre que se ha dado cuenta de lo que sucede y también ríe a carcajadas.

Con una gran destreza y fuerza, la madre amasa con firmeza los huevos que acaba de batir su padre, mezclándolos con la harina y el azúcar hasta dejarlas totalmente unidas y formando una masa ligera y suave.

Coge un poco de harina y le pone un poco a Akane en la punta de la nariz. El padre coge otro poco y le mancha la cara a su madre. Al final se acaba organizando una pequeña batalla donde todos acaban salpicados de harina. Akane se ha escondido bajo la mesa de la cocina mientras se ríe al ver a sus padres manchándose con la harina y una nube de plvo blanco que flota en el aire..

Una vez firmada la paz, todos vuelven al trabajo. La madre deja reposar la recién terminada masa para a continuación meterla en el horno. Mientras, en otro lado de la cocina, y ayudado por la propia Akane, el padre diluye calentando el chocolate que ella ha ido cortando al que le ha añadido un poco de mantequilla.

–Es un truco para que el chocolate salga brillante y delicioso – dice el padre mientras sonríe a Akane- Eso me lo enseñó tu madre.

–¡Que bien huele! –dice Akane mientras mueve despacio la mezcla de chocolate y mantequilla.

–Deja a papá con el chocolate y ven a ayudarme a lavar y preparar las fresas.

Akane, subida en una silla, enjuaga las frases debajo del grifo. Deben estar muy lavadas. Ahora se las ve brillantes y deliciosas.

Pasado un rato, y con toda la casa inundada por el inconfundible olor a la tarta, la madre, con unos guantes especiales, saca la tarta del horno.

Todos de nuevo rodean la mesa de la cocina. Ahora queda la parte más bonita.

Una vez que extraen la tarta de su molde, la colocan sobre un plato redondo y grande, especial para tartas, según explica la madre.

–Ahora vamos a cubrirla de chocolate caliente y delicioso – dice el padre mientras coge la jarra donde han puesto el chocolate una vez derretido

–Toma, ponlo tú –le dice a Akane– . Despacito para que puedas distribuirlo por todas partes. Debes cubrirla entera. A la tarta le encanta que le pongas el chocolate por encima.

Akane, ayudada al principio por su madre, va volcando el chocolate por encima de la riquísima tarta. Lo hace muy bien. El chocolate va resbalando despacio por la tarta. Ha quedado preciosa preciosa.

–Y ahora vamos a darle el toque definitivo. Ven de este lado –dice la madre a Akane–. Ve cogiendo las fresas, ahora que ya se han secado después de lavarlas, y las vas colocando a tu gusto sobre el chocolate.

Akane comienza a formar un círculo perfecto alrededor y termina colocando en el centro tres fresas, las más grandes, juntas. Eso lo había visto hacer muchas veces a su madre.

¡Bien! – grita Akane mientras aplaude y besa a sus padres-. Me encanta como ha quedado. Gracias- dice esta-. La "seño" se va a poner muy contenta.

Los padres, con la cara y el pelo lleno todavía de harina, miren felices a Akane mientras esta no para de contemplar el trabajo que han hecho juntos.

–Ahora hay que dejarla ahí quietecita sin tocarla, no sea que se estropee –dice el padre.

El resto de la tarde y hasta la hora de irse a dormir Akane ha estado todo el rato yendo a la cocina para ver la tarta. Se siente muy feliz.

Y mañana lo estará también su señorita. Seguro.

# Akane la flautista

Esta tarde, cuando ha regresado del colegio, Akane venía entusiasmada. Han estado dando clase de música y están aprendiendo a tocar la flauta.

–Mamá, me tienes que comprar una flauta. Creo que me gustará mucho aprender a tocarla.

Su madre, como siempre que Akane le propone cualquier actividad nueva, quiere que la convenza. No sea que a los pocos días de tener la flauta se aburra y la deje a un lado.

–¿Y no puedes aprender primero un poco más en el cole y después la compramos?

–No mamá, debo aprender cuanto antes, y para eso tengo que tener la mía propia. De ese modo podré practicar aquí en casa.

–Está bien. Cuando vaya con papá al centro comercial te compraremos una.

–Bieen – aplaude Akane feliz, saliendo a continuación corriendo a su cuarto para contárselo a sus juguetes, cosa que siempre hace cuando algo le entusiasma.

Y dicho y hecho. A los tres días Akane tenía una flauta preciosa, de madera con su funda de cuero negra.

–¿Quién sabe? – dice su padre bromeando –a lo mejor te haces una gran música flautista y das conciertos.

–No sé –responde Akane pensativa mientras abraza a su querida flauta. Su nueva e inseparable amiga.

Y ahí tenemos a nuestra amiga Akane, día sí, y día también, y algunas noches, toca que toca la flauta. Es cierto que cada vez lo hace mejor y ya sabe tocar algunas canciones sencillas sin apenas equivocarse, pero en casa andan locos de escuchar todo el día el sonido de la flauta.

Akane ha tomado por costumbre tocar por toda la casa, como si quisiese empapar de su música las paredes los suelos, hasta el techo y los tejados.

–Hija, descansa un poco – le decía su madre más de una tarde después de que, una vez que merendaba rápidamente y hacía los deberes que traía del cole, cogía la flauta y se ponía a tocar sin descanso-. Te tienen que doler los labios y la boca de tanto soplar.

–No mamá, tengo que mejorar mucho más. Todavía no soy capaz de tocar canciones largas y es importante que aprenda.

–Está bien hija, pero no tengas tanta prisa. No creo que pase nada porque tardes un poco más en aprender. Yo misma, cuando me puse a aprender a bailar, aunque estaba impaciente para poder salir a divertirme con mis amigas, tuve que tomarme mi tiempo para aprender a hacerlo bien.

Akane oye muy atenta a su madre imaginándola dando pasos de baile.–

–¿Y aprendiste mucho? Yo no te he visto bailar. Bueno, sí, una vez, en las fiestas del pueblo de los abuelos. Pero ya no me acuerdo, y además, no sé si lo haces bien o no.

–Pues cuando llegue papá le preguntas. Él te dará su opinión.

–¿Él baila bien? – pregunta Akane , siempre con la flauta entre sus manos y deseando acabar la conversación para comenzar a tocar de nuevo.

–Sí, papá es un consumado bailarín. Así fue como lo conocí, en un baile.

–¿Yo no estaba? N o lo recuerdo.

–Claro hija, es que tu no habías nacido. No podías estar allí.

–¿Por qué? ¿No podían entrar los niños como ocurre en la tienda de la esquina?

–Ja,ja, no. Claro que podían estar los niños, aunque realmente no había ninguno. Era una fiesta donde solo habían, casualmente, mayores.

–Pues cuando yo aprenda a tocar la flauta os tocaré canciones que bailaréis aquí en la casa.

–Muy bien hija. Nos divertiremos mucho.

Akane le da un beso a su madre y se encierra de nuevo en el cuarto de sus juguetes donde se la oye hablar con sus muñecos. A los pocos instantes comienza a escucharse el sonido inconfundible de la flauta a la que intenta, una y otra vez, sacar notas cada vez más complicadas.

Y así, otra tarde más, se la pasa Akane recorriendo toda la casa, incluso el jardín, tocando a los cuatro vientos.

–Realmente le encanta la flauta – le dice la madre al padre mientras toman un café y se oye de fondo el sonido de la flauta de Akane.

– Ja,ja, pero no lo dices con mucho entusiasmo.

– Como que después de estar todo el día oyéndola tocar acaba una un poco cansada.

– Bueno, ya se la pasará. Sabes que ella es muy entusiasta en todo lo que emprende. Eso es muy bueno.

– Sí, es cierto. Yo la dejo, y tengo que reconocer que cada vez lo hace mejor. En fin, esperemos que aprenda del todo de una vez. Anda, ve a llamarla. Vamos a cenar. Así, mientras come, descansa, ja,ja. Descansamos todos.

A los pocos días, cuando la madre de Akane la acompaña al colegio, esta se encuentra casualmente con la profesora de música.

– Hola, soy la profesora de música de Akane, –se presenta esta–. Le quería decir que lo de su hija es extraordinario. Es la que más avanza de toda la clase.

– Vaya, muchas gracias. Su trabajo le está costando. Se pasa el día tocando. Y allá donde vayamos la flauta va con ella. Por eso no me sorprende lo que me está contando.

– Me alegro mucho de que le guste tanto. La música es algo muy bueno para el ser humano, y para los niños muchos más. A este ritmo pronto nos dará un concierto. Ja,ja.

Una tarde, cuando sus padres se encontraban preparándose para salir a dar un paseo, Akane les dio la noticia:

– Papá, mamá, podéis quedaros tranquilos que en la casa no hay ratas.

Los padres se miraron extrañados, y, por qué no decirlo algo preocupados por la extraña noticia que les acababa de dar Akane. Por supuesto que en la casa no había ratas, pero ¿a qué venía aquello?

– ¿Sabéis? – continuó esta– Ya he tocado sin un solo fallo varias canciones, por toda la casa; por dentro y por fuera.

– ¿Y? – pregunta el padre totalmente intrigado.

– Pues que no me ha seguido ni una sola rata.

– Ah!, ja,ja,ja –ríe divertida su madre–. Ahora lo entiendo todo. Tu eres, te has convertido, en el flautista de Hamelin. Y por eso andabas a todas horas tocando por toda la casa.

Akane asiente y sus padre la abrazan y la besan mientras ríen divertidos.

– La “seño” de música nos dijo lo importante que era tocar un instrumento, en este caso la flauta. Y nos contó como aquel flautista, gracias a su habilidad tocándola, pudo dejar sin ratas el pueblo de Hamelin. Es genial. Y yo creo que también lo conseguí. Bueno – les dice está mientras se separa de ellos– , no me entretengáis que todavía me queda dar una vuelta por el jardín, no sea que se me pase por alto alguna

– Ja,ja. Está bien, pero no tardes que nos marchamos dentro de un ratito. Mejor mañana continúas.

– Vale. ¿Cuándo vamos a la casa de los abuelos? En el campo hay muchos ratones…

# Un fantástico viaje a la luna

Ya habíamos mencionado que una de las cosas que más le gusta a Akane es la luna. Se puede pasar horas contemplándola. Soñando con paseos interesterales rodeada por miles de estrellas. Saltando de una a otra, riendo divertida. Así hasta quedar dormida.

Un día fue hasta el lugar donde trabaja su madre. Es un sitio increíble, lleno de maquinas muy extrañas con botones de muchos colores que a Akane encanta observar. No tenía ni idea de que su madre trabajase allí.

– No vayas a tocar nada – le advertía su madre .

– Para qué es aquella nave tan grande que mide más que todos los pisos que he visto hasta ahora – preguntó.

– Eso de ahí es un cohete que estamos preparando para ir a la luna.

– ¡Vamos a entrar! Quiero verlo. Por favor, mamá.

Ante la insistencia de Akane, su madre pulsó uno de aquellos botones y una puerta se abrió automáticamente para asombro de Akane.

¡Cuántas cosas sabía su madre!

Rápidamente, sin esperar un instante, impaciente, entró en aquel extraño lugar. Luminoso y brillante y también lleno de muchos botones y muchas luces.

Su madre volvió a insistir en que no tocase nada.

– Ya lo sé mamá. No te preocupes. No soy una niña pequeña.

Akane estaba deslumbrada. Llegó a una especie de escalera que conducía hasta un lugar donde habían dos sillones grandes, parecidos a los que había visto en casa de los abuelos pero estos tenían unas correas muy raras y eran más grandes. Justo delante de los asientos habían un montón de botones con muchas luces, manivelas de varios tamaños y un cristal, grande como la ventana de su cuarto, desde el que se divisaba todo lo que había fuera.

Akane no pudo contenerse y de un salto trepó hasta uno de aquellos sillones. Ya se imaginaba viajando al espacio…

– Mamá, ven, mira que chulo – gritaba divertida mientras comenzaba a girar una de aquellas manivelas y pulsaba un brillante botón rojo.

De pronto todo comenzó a temblar y se cerró la puerta del cohete. La madre de Akane corrió en su busca y se sentó en el sillón que había al lado.

– Buena la has hecho. Ahora nos vamos para la luna.

– ¡Bieen! – gritó Akane llena de alegría. Por fin iba a cumplir el gran sueño de su vida.

El cohete comenzó a subir y a subir hacia el cielo hasta que se hizo de noche. Entonces, a través del enorme cristal que tenían delante, pudieron ver un espectáculo maravilloso: millones de brillantes estrellas iluminaban el cielo mientras el cohete continuaba a toda velocidad hacia su destino: la luna.

– ¿Cuánto tiempo tardaremos en llegar a la luna? – preguntaba Akane impaciente cuando apenas llevaban tan solo unos minutos de viaje.

– Tardaremos unos cuantos días. Pero no me marees ahora con tus preguntas que tengo que procuparme en qué vamos a comer. En la nave no hay nada. No estaba preparada para este inesperado viaje.

Akane no dijo nada pero le inquietaba saber como se las apañarían. Bueno, mamá encontraba siempre solución a todo. Fuera preocupaciones.

El viaje continuó a través del espacio. El cohete viajaba a toda velocidad dejando atrás pequeñas estrellas y algunos planetas. La madre de Akane en todo momento andaba muy concentrada tocando muchos de aquellos botones y mirando insistentemente por una de las ventanillas.

– Mamá, tengo hambre – dijo Akane un tanto decaida.

– Sí, lo sé. Yo también. Estoy esperando ayuda.

– ¿Nos van atraer comida de nuestro planeta? Entonces yo quiero macarrones con tomate y queso – respondió Akane– . Ah! Y un zumo de piña.

– No Akane, no nos van a traer comida desde la Tierra, que como sabes es como se llama nuestro planeta. Estoy esperando la ayuda de provisiones espaciales. Una comida muy especial. –Mientras decía esto no dejaba de mirar al exterior–. ¡Ahí vienen! –dijo de pronto entusiasmada.

Una especie de pequeña y redonda nube muy brillante, como un algodón dulce pero algo más grande y de color plateado, se ecarcaba hasta la nave.

La nave comenzó a girar lentamente, flotando en el espacio, y por una especie de abertura que a Akane le parecía la boca de un buzón, comenzó a entrar esa especie de nube que al contacto con el aire del interior de la nave caía convertida en una especie de papelitos de carnaval de todos los colores.

– ¡Vamos, pruebalo! A ver qué te parece –le decía su madre mientras cogía al vuelo puñados de ellos.

Al principio timidamente, pero al poco con muchas ganas, Akane iba probando aquellas mini galletitas de todos los colores, que es lo que realmente eran y que le recordaban a las que a ellas tanto le gustan.

– ¡Las rojas saben a fresas! –gritaba entusiasmada–. ¡Y estas a platano, y a regaliz y a….

Akane iba nombrado cada uno de aquellos increibles sabores que iba descubriendo mientras los comía. Ni en el más increible de sus sueños pudo imaginar que ocurriese algo así. ¿ O acaso todo era un sueño?

– ¡Akane, venga, arriba! Despierta y date prisa o llegarás tarde al cole. Venga, que te he comprado galletas de colores para desayunar…

FIN